

Institutos de Altos Estudios en Psicología y Ciencias Sociales, UCES

Patologías del desvalimiento

Para hablar de patología del desvalimiento viene a cuento la respuesta que dio Román Jakobson ante la pregunta de cómo él había decidido ser lingüista. Respondió “no es que yo he decidido ser lingüista, sino que los demás hombres decidieron dejar de serlo”.

Todos fuimos desvalidos, es decir, sin recursos ¿cómo es que algunos hombres dejaron de ser desvalidos? ¿de donde procedieron los recursos? Y en cuanto a ese acopio que nos alejó de la vivencia de desvalimiento ¿como vincularlo con la historia libidinal e identificatoria? Esa transformación del desvalimiento es indisoluble de la constitución del sujeto y su consideración no es posible aislada del edipo y sus grandes ejes: identidad y diferencia, deseo y prohibición, yo y alteridad. Esta interrogación implica evitar una concepción solipsista del sujeto y pensarlo como un sujeto complejo con varias instancias: ello, superyó, yo, realidad. Freud decía en 1938 “*nuestra ciencia tiene por objeto al aparato mismo*”. Hablar de desvalimiento es hablar de las tópicas y de los recursos intrapsíquicos que permiten cierta autonomía en relación a los objetos externos.

El papel decisivo del ambiente precoz aparecen como constantes en las patologías del desvalimiento. *Si el narcisismo ocupa el primer plano de la escena, lo hace menos como amor que como dolor de sí mismo*. El vacío del yo es más consistente que sus logros. En su ausencia, los objetos no pudieron construir los objetos transicionales, que son y no son el pecho. Su lugar, que debió ser ocupado por el lenguaje, la simbolización, la creatividad, se verá invadido por las somatizaciones, las actuaciones o por la depresión vacía. Predominó en los objetos primordiales la indiferencia o el displacer hacia el bebé. Las fallas de recursos del yo remiten a fallas del objeto.

¿Que prolonga la indefensión infantil? ¿Cuales son los déficit en la trama edípica (sexualizante, identificante, narcisizante)? Desvalimiento remite a un déficit en la historia libidinal e identificatoria que no proveyó recursos y no constituyo una organización compleja para no estar el sujeto demasiado expuesto a los vasallajes del cuerpo, de la realidad o del sistema de valores.

En las patologías del desvalimiento enfrentamos no solo conflictos intersistémicos sino fallas en la organización psíquica, que prolongan la vivencia de desamparo, indefensión. Sufrimientos, angustias y defensas diferentes a las neurosis “clásicas”.

El desamparo: indica el estado del lactante del que depende de otra persona para realizar la acción específica. El “auxilio ajeno” neutraliza la prematuración y desamparo, que incrementa peligros del mundo exterior y del interior e incrementa el valor del otro. La prematuración genera la necesidad de ser protegido y amado que nunca abandonará. Es la tarea erotizante del otro que transforma la energía libre en la ligada. El bebé necesita no solo calorías sino internalizar esa fuente de todo placer (el pecho). No solo los productos sino el medio de producción, internalización de aspectos contenedores, protectores, identificantes, erotizantes, narcisizantes del pecho lo expondrán menos a la angustia traumática, al desvalimiento. Todo ello permite el pasaje de la situación traumática a la angustia señal.

Patologías del desvalimiento: Padecen de defectos estructurales y/o ocasionales. Estructurales: prevaleció un fracaso en la historia libidinal e identificatoria. Ocasionales, por duelos, traumas actuales, enfermedades orgánicas, que sacuden momentáneamente el psiquismo.

El nacimiento inaugura una ruptura del equilibrio. La demanda de amor y la angustia originada en el desamparo deja una impronta y hace del desvalimiento una posibilidad siempre latente. Por temor a perder el amor de los padres, el niño incorpora sus valores y prohibiciones. Pasa sus primeros años anhelando ese amor, situación que cede con la constitución del superyó. Esta dependencia interna ante el superyó genera mayor autonomía en relación a los otros.

El yo deviene. La madre es un escudo protector contra estímulos externos e internos y también del estímulo externo que es ella. Para la génesis de los recursos no basta la maduración, se requiere una tarea de ligadura al cuidar y propiciar la identificación. Suministra Eros (ligadura) ante cantidades arrasantes (del cuerpo o del afuera). La madre se ocupa de la autoconservación de su bebé pero “sembrándole” sexualidad que puede ser reprimida, sublimada pero sobre todo esa “*exigencia de trabajo*” proveniente de un cuerpo erógeno y erogeneizado es el motor del progreso psíquico.

El niño tiene que administrar los estímulos creando representaciones simbólicas que organicen las excitaciones. Provisionalmente la madre cumple esa función. Si no puede, habrá desvalimiento. Cuando se logra la “capacidad de estar solo” la soledad no es defensiva. Sino que implica confianza en el objeto y la seguridad de que no abusará del poder. El interjuego entre momentos fusionales y separación es esencial y depende de ello que la presencia del otro primordial sea estructurante y no desorganizante. Físicamente solo, pero no psíquicamente abandonado.

En el encuentro boca-pecho, afecto, sentido, cultura están copresentes en esos primeros sorbos de leche. Supone un intenso tráfico simbólico. El “Yo debe devenir” como una red de investiduras de nivel constante. A partir de las vivencias de satisfacción y de dolor se va constituyendo como organización que inhibe las excitaciones aferentes (redes asociativas). El yo tiene como atributo mantener una carga constante de energía, inhibir o diferir la descarga y posibilitar el proceso secundario. Cualquier satisfacción de la necesidad desprovista de investimento libidinal o postergada más allá de lo tolerable, cualquier difusión de las angustias de la madre altera esta acción, constitutiva del narcisismo trófico. (Hornstein, 2002)

La angustia de desintegración proviene del desamparo psíquico: es una perturbación económica, la amenaza por irrupción de cantidades. Toda cantidad es relativa al yo (pulsional y exterior) (Freud, 1937). Desamparo y pulsión, déficit y conflicto no constituyen alternativas incompatibles sino articulables. El yo transforma el deseo en investimento yoico. Complejizando su organización disminuye su dependencia. El narcisismo secundario transforma el investimento de objeto en identificación. El objeto provee un sistema exógeno de regulación que compensa el desvalimiento.

Para dar cuenta de ese itinerario del desvalimiento a los recursos subjetivos. Algunas interrogaciones son insoslayables. ¿Cómo pensar la historia?, ¿La tópica: sistema abierto o cerrado? La identidad: ¿ser o devenir? ¿Cómo conceptualizar la perdurabilidad del pasado en el presente? La infancia: ¿destino o potencialidad? Objeto real y fantaseado ¿relación compleja o ausencia de relación? Así como una recapitulación somera acerca del narcisismo y del edipo.

“Narcisismo” varios sentidos: la indiscriminación entre yo y otro, regulación del sentimiento de estima de sí, interés exacerbado por la representación del yo. Gracias al narcisismo *trófico*, el yo mantiene la cohesión, la estabilidad y la valoración. “*De la elección narcisista a la organización psíquica*”: el objeto se transforma en sujeto a través de las vicisitudes pulsionales y su devenir identificatorio. ¿Cuáles son las relaciones existentes entre los duelos, los investidimientos y las identificaciones?, ¿de qué manera la pérdida de objeto se transmuta en organización? La “*organización*” implica construcción, producción y reproducción de orden y de desorden. ¿Y qué es el sujeto sino una organización? El *psiquismo* es un sistema abierto autoorganizador en permanente intercambio con lo exterior. Ciertos ruidos devienen información complejizante y no desorganizante. La estabilidad psíquica se reconstruye según condiciones que surgen y se desvanecen sin cesar. Dada cierta cohesión del yo y de la autoestima, el sujeto orienta cada su vida no por motivos narcisistas, sino por la realización transaccional del deseo. *El narcisismo patológico no implica exceso de amor propio, sino su falta crónica*. El déficit narcisista produce un yo desvalido amenazado, por la desintegración, el vacío o la desvalorización.

El edipo es “*tanto el punto culminante de la vida sexual infantil como el punto nodal desde el que parten todos los desarrollos posteriores*”. (Freud, 1926) Gracias al pensamiento complejo los encuentros, los traumas, los duelos, los vínculos van tomando otro lugar, en la teoría y en la clínica. Ser y tener darán lugar al registro identificatorio y al registro objetal pero tendrán una imbricación insoslayable entre identidad y objetalidad que puede (y debe) ser pensada desde una causalidad recursiva.

En la clínica actual pululan duelos masivos y realidades devastadoras. La práctica actual jaquea al psicoanálisis. También sus rémoras teóricas, entre ellas, la oposición tajante entre lo infantil y la realidad exterior. En el desvalimiento no se trata solo de traumas infantiles sino situaciones traumáticas deshistorizantes al hacer tambalear vínculos, identidades y proyectos (angustia difusa, vacío psíquico, desesperanza, desvalimiento). (Hornstein, 2003)

Se requiere soslayar una teoría traumática simplista (que elimina la recursividad en la causalidad psíquica) así como el idealismo de pensar el mundo fantasmático sin tener en cuenta las reactualizaciones que sobre la realidad psíquica genera la realidad material.

Se han roto tramas –psíquicas, simbólicas, familiares, sociales-. ¿Qué pasa cuando los ruidos son devastadores? Lo traumático: no puede ser descargado ni por reacción ni por asociación. Es la complejidad psíquica lo que puede hacer que el ingreso de cantidades devenga información complejizante.

El sujeto está abierto a su historia, no sólo en el pasado sino en la actualidad. Los encuentros, vínculos, traumas, duelos lo autorganizan y él recrea todo aquello que recibe. Entre permanencia y cambio, entre un núcleo de identificaciones y de representaciones objetales y las recomposiciones que exigen los encuentros.

“*Una pérdida de objeto se convierte en una pérdida del yo.*” Si en el duelo el mundo se vuelve pobre y vacío, en el desvalimiento pobre y vacío se vuelve el yo. Si los duelos son bien tramitados las representaciones logran cierta estabilidad en el psiquismo. Los déficits en los objetos primordiales dificultan simbolizar la ausencia.

Veamos el nexo entre las dificultades en la actividad de representación, las particularidades de los procesos de pensamiento, y ciertas modalidades de tramitación de los afectos. *La representación ya no es un dato sino el resultado de un trabajo*. En el desvalimiento predomina la descarga y la repetición de lo traumático (más que la elaboración psíquica), la tendencia *al actuar* y a la *desorganización del yo*. La ausencia y la pérdida constituyen las condiciones fundantes no solo de la actividad de representación, sino también de la cualificación de los afectos asociados a las representaciones. Las huellas afectivas preservan la memoria del otro en el psiquismo. La presencia del otro interiorizado apaciguará los afectos de desvalimiento.

Circuito: pulsión, afecto, representación de cosa, de palabra, pensamiento. La representación tramita los “ruidos” del cuerpo de la cultura, de la historia, del lenguaje. Ruidos que debe transformar en información. La historia comienza con el desvalimiento. ¿Qué dimensión puede tener sino traumática?

Para Winnicott el pensamiento se despliega mediante una zona transicional, que combina fantasía y realidad, mundo interno y externo. Los objetos transicionales facilitan la capacidad de juego y creatividad. La madre “ampara” al infante en un ambiente por ella creado. Winnicott designa como “*espacio intermedio*” de experimentación a un espacio potencial en el que participan a la vez la realidad interna y el mundo exterior.

En las patologías del desvalimiento le otorgamos especial importancia a los primeros años de vida sin por ello presuponer un determinismo fatalista. Los padres como portavoces de una historia, de una cultura (no solo de un inconsciente sino de un sistema de ideales).

Esta trama relacional genera funciones psíquicas, (violencia primaria, espacio transicional, confianza básica, apego). La simbolización, pensamiento, creación, no son autónomos; depende de la función de mentalización que capacita al niño para metabolizar creencias, sentimientos, actitudes, deseos, esperanzas, conocimiento, imaginación, yo identificado e identificante

El desvalimiento es neutralizado por capacidad materna para contener, responder y producir un conjunto de enunciados identificantes así como atender a los cuidados físicos en un encuentro (violencia de interpretación). El sonido de la voz de la madre precede a sus palabras. Su modo de amamantarlo, mecerlo, acariciarlo, y en general, de cuidarlo, constituyen las más tempranas huellas de experiencia erógena.

La mentalización es la función reguladora preconsciente que proporciona una capacidad representacional. Depende de la internalización de los otros significativos. Las representaciones primarias se organizan en secundarias (mente y cuerpo). Si las figuras primordiales no pueden metabolizar la experiencia mental del niño lo privan de los cimientos necesarios para llegar a construir un mundo representacional. Las señales del bebé son interpretadas por la madre capaz de pensar sobre los estados psíquicos subyacentes a los afectos. No solo función especular sino interpretación y comunicación que con su bebé. Trabajo de simbolización compartida que prepara para la adquisición del lenguaje.

Los otros cumplen diversas funciones: balance narcisista, vitalidad, sentimiento de seguridad y protección. Completan funciones, compensan déficits, neutralizan angustias (real, neurótica,

ante la pérdida de amor del superyó). Son sostén de la autoestima o integridad yoica. Objeto narcisista, objeto objetal. Las polaridades son apenas una ayuda. Conviene pensar en una gama. La no discriminación entre objeto fantaseado y real puede deberse a que el objeto suple fallas estructurales, o a que no es reconocido en su alteridad, aunque no cumpla funciones protésicas. Rescatar la relación narcisista supone oponerse a una visión dual en la que el yo y el objeto están separados como el adentro y el afuera. Implica aferrarse al ideal de la internalización. Denota la persistencia de un punto de vista teñido de normativa, y de una supuesta teoría ideal del desarrollo hacia la objetividad plena en la “normalidad”. En *Duelo y Melancolía*, Freud dice no solamente que es reencontrarlo como objeto libidinal sino que encontrar al objeto es encontrar al yo en el objeto. Pero esto no es lo más importante. Freud empieza a darse cuenta de que ser y tener, no pueden desprenderse de los encuentros actuales. Pensar en un sistema abierto que intercambia funciones entre sujeto y objeto, implica una crisis en el paradigma de la internalización: una valorización del registro intersubjetivo y de las múltiples realidades actuales que habita cada uno. Trabajamos creando una ampliación del aparato protector anti-estímulos, cumplimos funciones diversas. Freud cuando escribe *Duelo y Melancolía*, dice, además, que perder el objeto es transformar al sujeto transformando la organización psíquica. Hay pérdidas que implican crecimiento (complejización); otras desmantelamiento, todo depende de las magnitudes en juego. No se trata de pensar un psiquismo representacional sin considerar las fuerzas. En una época se descalificaba el tema de las cantidades, (lo económico), pensándolas sólo como un enredo biologicista. Hoy concebimos lo cuantitativo como cantidades traumáticas que vienen de afuera.

¿“Freud sólo se ocupó de los trastornos neuróticos”? Desde 1914 en adelante la obra de Freud apunta a detectar patologías del yo y del superyó. En el ‘14, esquizofrenia, paranoia, en el ‘15, melancolía, en el ‘24 masoquismo, fetichismo en el ‘27.

La psicopatología psicoanalítica intenta aprehender ciertas constelaciones sintomáticas vinculándolas con los conflictos subyacentes y la trama metapsicológica. Freud desde el año 14 teoriza sobre el problema de la organización yoica y superyoica, de la relación con la realidad, del desborde de cantidad (la prevalencia de la pulsión de muerte en patologías graves). Los duelos no serán solo episodios más o menos traumáticos sino prototipos de transformación psíquica.

En el desvalimiento: la realidad exterior suple una historia identificatoria que condujo al vacío del espacio interno. Prevalece un yo frágil, “*avasallado*” por las otras instancias. Labilidad del yo y angustia masiva. Polimorfismo sintomático e inconsistencia de las relaciones de objeto. Indicadores clínicos: la incidencia de los procesos primarios en el pensamiento así como el despliegue de mecanismos de defensa primitivos (escisión, idealización primitiva, identificación proyectiva, desmentida y omnipotencia). Las defensas en dos niveles, 1) predomina la represión y la angustia de castración; 2) la escisión y la proyección. Defensas por expulsión en el acto y su repetición (adicciones), en el cuerpo (hipocondría y somatizaciones) y en el otro (identificaciones proyectivas). ¿De que se trata? *Tópicamente* : del desfallecimiento del yo. *Dinámicamente* : del fracaso de la represión a favor de los mecanismos de negación y de escisión. *Económicamente*, de la debilidad del trabajo de elaboración y de simbolización y del riesgo de desbordamiento traumático.

La clínica actual, nos exige “*honrar la vida*” (Eladia Blasquez). Para lo cual debemos actualizar ciertos debates, relación realidad-fantasía; teoría del sujeto; sistemas abiertos o cerrados; series complementarias (historia lineal o recursiva); identidad y autoestima; narcisismo patológico y trófico: consistencia, fronteras y valor del yo; relación verdad material-verdad histórico vivencial-realidad psíquica (en la infancia y en la actualidad) diversidad de dispositivos técnico (estrategias o programas). Estos debates configuran la trama conceptual de que disponemos para aliviar sufrimientos propios del desvalimiento.

En su trabajo con las patologías del desvalimiento el psicoanalista puede refugiarse en la técnica “*clásica*”. O puede poner a prueba su singularidad y hacer sus opciones dentro de la diversidad actual del psicoanálisis. Adiós al psicoanalista “objetivo”, al receptáculo que recibe las identificaciones proyectivas sin añadirles los elementos propios de su realidad psíquica por temor a añadir algo de su cosecha. *¿Y la neutralidad analítica?* El analista es algo más que el soporte de proyecciones y de afectos movilizados por la regresión del paciente. La contratransferencia revelará al analista no sólo su “saber” sino también su capital libidinal y relacional que remite a su propia historia. Su subjetividad es una caja de resonancia historizante e historizada.

Bibliografía

Freud, S.

(1926): “*¿Pueden los legos ejercer el psicoanálisis?*”, A.E., tomo XX.

(1937): “*Análisis terminable e interminable*”, A.E., tomo XXIII

Hornstein, L.

(2002): *Narcisismo: autoestima, identidad y alteridad*, Buenos Aires, Paidós.

(2003): *Intersubjetividad y Clínica*, Buenos Aires, Paidós